

en top de

NATALIA FIGUEROA

«madison» «chez» rodríguez

TREINTA personas, cena fría, ambiente grato, acogedor, en casa de Marta y de Joaquín Rodríguez, hijos del gran modista español. Y, de postre, «madison». En distintos salones, en grupos diferentes, se hablaba de mil cosas y se comentaban temas «en órbita»: Premio Planeta, Concilio Ecuménico, debut teatral de Paquita Rico, situación actual de Mónaco —¿Es cierto que a Rainiero le llaman



Muchos famosos en «chez Rodríguez». Después de la cena se bailó el «madison»



«el crupier», porque «vive de la ruleta...»?—, nuevos programas de Marsillach en TV, robo de alhajas en el hotel Hilton...

Nati Mistral, que discutía apasionadamente de teatro junto a la marquesa de Villaverde, se levantó enseguida al oír los primeros compases del nuevo baile. A ella se unieron los señores de Allende, el barón de Gotor y el señor Villanueva, e hicieron una auténtica demostración. Frente a los «madisonistas», como espectadores, el marqués de Villerde, el señor Mercé, el doctor Parra, don Joaquín Vila...

Vimos un «madison» sensacional, con toda clase de «pasos», de adornos, de florituras. Tasio Villanueva dirigía al grupo:

—La flor... La rodilla... El saludo... Vuelta a la derecha... Arriba... Abajo... Saludo otra vez, y «madison»...

Todos le seguían con asombrosa exactitud. Sí, vimos un «madison» con mucho más estilo, con mucha más gracia que el de aquellos jovencitos existencialistas —¡toda vía quedan!— y decadentes, vestidos de negro, despeinados, que pasaban las horas muertas en una «boite» de Biarrit, durante este verano, bailando el baile de moda con cara de asco, con ojos perdidos en el infinito, con ademanes lánguidos...

Los espectadores del «madison» de casa de Rodríguez daban su opinión acerca del nuevo



La Piaf ha encontrado el amor, y mata con champán los «fantasmas» del pasado

ritmo. Unos eran partidarios del «twist» —«es más alegre, más dinámico, más divertido»—, y otros preferían esto. Pero, acabando con toda discusión, uno de los «bailarines» se salió de pronto, de la fila y dijo:

—Ni «twist», ni «rock», ni «madison», ni «demonios»...! Nada en el mundo como el baile normal de dos personas; como un chotis bien «marcao», por ejemplo... Lo demás, para juego de niños en el recreo de la escuela, bueno...

Y no hubo más que hablar.

se ha casado la «mome» piaf

Me ha impresionado la boda de Edith Piaf. Me ha impresionado verla con una corona blanca sobre la cabeza, y saber que ha dado esas tres lentas vueltas alrededor del altar, según el rito ortodoxo. ¡Con qué adoración, con qué arrobamiento contemplaba al novio durante la ceremonia!

Se ha casado la «mome» Piaf. Aquella de la infancia terrible, aquella que cantaba en las oscuras callejas de París tendiendo después la mano para recoger una limosna, es hoy la señora Sarapo. Su jovencísimo marido ha hecho

declaraciones furiosas a la prensa francesa: «Sí, se equivocan quienes piensan que voy a casarme con Edith por su dinero y por su nombre. Está arruinada. Que todos se enteren bien de esto. Vivimos «al día». La última enfermedad acabó con sus ahorros. No tenemos nada, ni ella ni yo. Ahora empezamos juntos, empezamos de nuevo. Y la quiero. ¿Es que nadie podrá creerlo?»

Verdad o mentira, es bonito. Ya están casados. La «novia» regaló un precioso coche a sus suegros y los señores Sarapo ofrecieron a la célebre cantante una polvera maravillosa de madera de olivo, tallada por un escultor. La Piaf tiene una familia, una familia nueva, donde todos son más jóvenes que ella: hasta sus suegros... Que sea feliz. Lo merece. No sé si ustedes conocen bien la historia de esta extraña mujer, abandonada, casi recién nacida, por su madre; criada en casa de su abuela y alimentada con vino tinto más frecuentemente que con leche pasteurizada... Parece increíble y es la pura verdad. «Pudo haber sido una espléndida muchacha —dijo de ella un médico francés—. Pero esa cantidad de vino ingerida durante su infancia ha hecho que su cuerpo sea raquítico...» Si la Piaf conoce toda Francia, no es porque estudió geografía en una escuela. Es porque, durante diez años, acompañó a su

padre —titiritero— de pueblo en pueblo, de aldea en aldea. Actuaban en las plazas, o a la puerta de los cafés. El padre, haciendo equilibrios sobre una silla, y ella cantando cualquier cancioncita de moda. Luego, pasaba el platillo y recogía las perras que echaban los campesinos. Un día, en una de esas mil plazas de pueblo, después de una de tantas actuaciones, conoció a un niño de dieciséis años, que se llamaba Luis y no hablaba apenas. Y se escapó con él. Vivieron en París, en una buhardilla miserable. Trabajaban en una fábrica, a las afueras de la ciudad. Cuando ella esperaba su primer hijo —tenía entonces quince años— Luis la abandonó. Y aquella niña, Marcela —que moriría al poco tiempo— nació en una clínica gratuita para «madres solteras».

El resto, todos lo conocen: Maurice Chevalier la descubrió y dijo que sería la cantante de su época. Contratos importantes, mucho dinero —es una de las artistas mejor pagadas en el mundo—, empresarios que se la disputan, discos que se venden por millares. Pero, como ha dicho de ella la periodista Françoise Giroud, «si es célebre y envidiada, la vida no olvida presentarle, con frecuencia, su factura».

Es la imagen patética de la miseria, del dolor, del dramatismo. **SIGUE**